VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA
DE
LITERATURA Y BELLAS ARTES

APARECE LOS DOMINGOS

Año I	Montevideo, Diciembre 19 de 1897	Núm. 25

Director y Redactor:
RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Capital un mes . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . » 0.60
Número corriente . . . . . . » 0.20
Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:
Máximo Seré
Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS



Isabel Rodriguez Marcenal

(Fotografía de Chute y Brooks)

SUMARIO

JUEGOS FLORALES

Deseando propender al desarrollo de las Bellas Letras en nuestra Pátria, y notando la falta de estimulo y la sobra de indiferencia por todo lo que se relaciona con la literatura, la Dirección de la Revista VIDA MONTEVIDEANA, con la autoridad que le prestan sus numerosos y notables colaboradores, ha acordado establecer un Certámen Literario y Juegos Florales, de los que ha de redundar mayor beneficio por la causa de la ilustración intelectual de los orientales.

El momento no puede ser más oportuno, por cuanto dentro de poco se elevará en la ciudad de San José de Mayo el primer monumento á la memoria del prócer de la Independencia Uruguaya, General don José Gervasio Artigas.

Asi, la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA hallará la forma adecuada para que en la solemnidad de la erección del monumento, se efectúen en la ciudad de San José de Mayo los Juegos Florales, cuyas bases son las que van en seguida.

TEMAS:

TEMA A — Composición en verso á Artigas.
TEMA B — Poesia o canto al Amor.
TEMA C — Trabajo en prosa sobre los destinos del Arte.
TEMA D — Trabajo en prosa sobre las causas del decrecimiento del matrimonio en la República.
TEMA E — Soneto con libertad de temas.
TEMA F — Causas del indiferentismo por la literatura nacional.

Hay que advertir que todas las producciones deberán ser inéditas, y los articulos en prosa no podrán exceder en estención á dos páginas de la revista VIDA MONTEVIDEANA.

Los trabajos deberán ser presentados á la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA antes del 1° de Febrero de 1898, debiendo ir en dos sobres distintos: en uno, el trabajo con un lema; en otro, el lema anterior en el sobrescrito, y dentro del sobre cerrado y lacrado, la firma del autor y su domicilio. Este último sobre se abrirá en caso de que resultase premiada la composición que lo acompañe, y de nó, será devuelto sin abrirse, al interesado.

El Jurado se compondrá de seis literatos de nota de la República, cuyos nombres se harán conocer brevemente por medio de la prensa, asi como también se publicarán los titulos y lemas de los trabajos que se vayan presentando al concurso.

El Jurado dictaminará cual de las composiciones de cada tema merece compensarse con los siguientes

PREMIOS:

TEMA A: 1er. premio: Medalla de Oro — 2° Medalla de bronce — 3° Mención honorifica.
TEMA B: 1er. premio: La rosa natural — 2° Mención honorifica.
El agraciado con el primer premio en este tema, elegirá la Reina del Torneo.
TEMA C: 1er. premio: Un pensamiento de oro esmaltado — 2° Mención honorifica.
TEMA D: 1er premio: Un lapicero de oro y brillantes—2° Mención honorifica.
TEMA E: Unico premio: Medalla de bronce.
TEMA F: Unico premio: Medalla de bronce.

Las composiciones premiadas se publicaràn en la revista VIDA MONTEVIDEANA, y serán leidas por sus autores en el acto de la distribución de los premios, la que tendrá lugar en la ciudad de San José, el dia y hora que acuerde la Comisión de los festejos en honor de Artigas, en combinación con la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA.

ESTROFAS

Ya descuelga la noche sus cortinas,
En la sombra la tarde se desmaya
Y á través de las pálidas neblinas,
Se ven las juguetonas golondrinas
Volar sobre la arena de la playa.

En la comba turquí del firmamento
Las estrellas derraman sus fulgores,
Y las nubes con tardo movimiento,
Taciturnas, se cuentan sus amores
Sobre las ondas del callado viento.

En su lecho de perlas y corales
Sacude el mar sus encrespadas olas;
Y llegan, con las brisas estivales,
Envueltos en aromas tropicales,
Ecos de moribundas barcarolas.

Soledad y silencio á un tiempo mismo
Se enlazan bajo el manto de las brumas
Y el hondo mar, el proceloso abismo,
Con rudo y estentóreo paroxismo
Avienta en el espácio sus espumas.

Y yo tranquilo ante el fulgor del cielo
Miro del mar los seculares rastros;
Y en las alas azules de mi anhelo
Se remonta mi espiritu á los astros
Con inàudito y poderoso vuelo.

Y me complazco en contemplar á solas
Los gigantescos mundos que gravitan
En ese mar espléndido sin olas,
Y cuyos rayos al bajar palpitan
Y dan besos de amor á las corolas.

Ven, mi adorada, el astro reverbera;
La blanca nube en el espacio gira;
No vaciles, la noche nos espera,
Sacude la flotante cabellera
Y hácia el abismo de los cielos mira.

¡Ven, contempla las límpidas estrellas,
Su tibia luz y sus eternas galas,
Siempre imponentes como siempre bellas.
Mira las nebulosas; son las huellas
Que imprimen los querubes con las alas.

La blanca luna en el oriente asoma,
Y el mar va hinchando su convulso seno;
Y su voz es arrullo de paloma
Y no fragor de formidable trueno
Que en las alas del viento se desploma.

¡Ven y mitiga con tu dulce acento
Este pesar que el corazón devora!
Está dormido en la montaña el viento,
Y está lleno de luz mi pensamiento,
Como el espacio al despuntar la aurora.

¡Ven, y amemos á Dios, cuya pupila
Todo el fulgor del universo absorve;
Cuyo poder los astros aniquila
Y á cuya planta se suspende el orbe,
Punto de luz, que á su mandato oscila.

¡Amémonos, la noche encantadora
Ostenta su lujoso panorama,
El cielo brilla... el céfiro enamora...
Brinda la flor su esencia embriagadora...
El ave duerme... y el torrente brama.

JULIO FLORES.

Bogotá, Noviembre 10 de 1897.

SOBRE UNA TUMBA

—En Cuba como aqui, el cielo es siempre azul, la vegetación fecunda y vigorosa, el aire tibio y voluptuoso.

—Pero ¿qué? me tienes harto de Cuba insurrectos, hazañas y mulatas, cuando yo lo que deseo es oir tu composición aquella que empieza asi,—y tarareando el principio de una melancólica sonata, llené por sexta vez las copas.

El rehacio artista sacó de la verde bolsa su violin y mientras frotaba el arco con pez rubia, me dijo: voy á darte más de lo que me pides; oye el motivo de la música que tanto te agrada.

En 1879 tenia yo diez y ocho años.

Mis padres, propietarios del entónces famoso ingenio «San Isidro» situado á inmediaciones de la Habana, me daban una regular educación en uno de los principales colegios de Madrid.

Por exceso de debilidad dejé las aulas, y nunca han sido mejores los dias de mi vida, que aquellos que tan rápidos pasaron durante estuve en «San Isidro».

Aquellos negros que cuidaban de mi con una solicitud tan sencilla como franca, aquellos inmensos cañaverales, cuyas hojas plateadas por el sol parecian de lejos las pulidas bayonetas de un numeroso regimiento, mis excursiones matinales, cuando sorprendia á los pájaros en sus nidos, el plomo de mi escopeta acabando con la dicha de esos hogares colgantes, que el viento, menos cruel que el hombre, columpia cariñoso en el ramaje; todo pasa ahora ante mi vista despertando en mi memoria gratisimos recuerdos, que chocan con la triste miseria que hoy me rodea.

¡Cuán feliz era y lo ignoraba!

Entónces, la Fortuna, esa cortesana veleidosa, me prodigaba sus favores, y la Vida me daba sus primeros besos de vehemente enamorada!

Hoy la Miseria me estrecha en sus brazos exangües, y no muy lejos la consoladora de los que sufren, me amenaza con su guadaña insaciable.

Entónces, el sueño siempre me rendia leyendo á Lamartine, mi autor favorito, y luego soñaba con Julia ó con Graciela.

Hoy, hasta ese déspota que alienta ópio sobre los ojos del rey y del esclavo, quiere alejarse de mi.

Hoy es mi corazón una ruina, y los recuerdos—espectros del cerebro—solo vagan en su interior.

Ayer, era un sagrario y lo ocupaba una visión que dudo si es verdad se hizo tangible y que en estrecho abrazo más de una vez nos ofuscó la dicha.

Y aquel hombre al llegar aqui exhaló un suspiro, apuró la séptima copa y continuó:

—Hoy es mi santo; has querido pasar esta noche conmigo y en pago voy á señalarte esta triste página de mi historia:

Hija de una mulata que sirvió hasta su muerte en nuestra casa, Rosario creció en ella y fué para mi madre una hija y para mi...... yo fui su amante. No te describiré su imágen.

Yo le amaba, y quizás pecaria de exagerado, al descomponer para analizar, aquellas curvas que cantaban el himno salvaje de la belleza indigena.

Sólo te diré que sus ojos negros y rasgados tenian esa sensualidad casta que hizo célebre á Malonia.

Sus cabellos eran negros y abundantes y en sus lábios,—panal de mieles que invitaba al beso—vagaba siempre una sonrisa melancólica.

¿Cómo nos amamos? Nó lo sé. Pero nos amamos mucho.

A veces, á la sombra de los árboles, echados en el césped, mirábamos largo rato el cielo azul, y ella estrechando mi cabeza entre sus manos me decia: «tú me quieres de verdad?» yo le señalaba entonces la ancha comba en donde dicen que se encuentra Dios, diciéndole al oido: «más grande que ese techo que nos cubre es mi ardiente pasión.»

No fueron más castos los amores de aquel poeta con Graciela, que los nuestros.

Mi vida era un idilio, y en aquel retiro, lejos de la ciudad y su bullicio, mi naturaleza se iba haciendo fuerte y viril.

Rosario, mi violin, mis libros y mi escopeta, constituyeron, por más de un año, mis diarias atenciones.

Pero mi destino estaba escrito.

Una carta de mi madre me comunicó un dia la muerte de mi padre.

La pobre viuda me decia que estaba inconsolable, que María, mi hermana, estaba casi loca y que mi tio iria en esos dias á buscarme; después esta postdata: «á Rosario que te cuide mucho».

Cuando se la leí, se puso á llorar.

—Qué,—le dije—no quieres que te diga mamá que me cuides?

—Y tú, por qué lloras? me replicó.

Entónces le revelé la muerte de mi padre y mi necesaria partida.

Estuvo á punto de perder la razón; seis dias guardó la cama, y yo á la cabecera prodigábale mis cuidados.

Ya convaleciente me dijo un dia.

—Dime; si te vas, te acordarás de mi?

—Y tú me lo preguntas? le dije con dulcísimo acento.

—Ustedes olvidan muy ligero y además yo no ignoro que si hoy soy «su amante» ayer fui «su esclava ». Usted es noble y rico, y yo....., ahogué con un beso la palabra que no queria escuchar y me alejé turbado.

Yo estaba loco, loco de pasión.

RAFAEL M. SILVA.

(Concluirá)

Diciembre de 1897.

EL CORO DE LOS TIPOS

FRAGMENTO DEL POEMA DE ANGUSTO VACQNIERE TITULADO «FUTURA», ENVIADO PARA «VIDA MONTEVIDEANA»

Hermanos, trabajemos!
El verbo pide vida.
Las frases compongamos,
las páginas, el pliego,
papel y tinta aguardan;
la prensa nos convida:
hagamos el periódico,
y el libro surja luego.
Aprisa! El impaciente vapor
nos llama á gritos!
Nosotros al progreso
le abrimos libre paso;
no vive ya la Idea
cautiva en manuscritos,
y hoy puede, por nosotros
volar de oriente á ocaso.
Secando el llanto acerbo
que tiembla en sus pestañas,
en pos va de los tipos
la excelsa vagabunda;
los mares atraviesa,
transpone las montañas,
y si á la tierra mira,
de luz la tierra inunda.
Perdidos en la sombra
morian los inventos;
pero le dió por alas
sus páginas la Imprenta,
y el plomo los difunde,
más raudo que los vientos,
y del humano espiritu
los bienes acrecienta.
Ya todo es hoy de todos,
y alcanza al indigente!
El bienestar sonrie
cual flor recién abierta;
se acaban muerte y noche,
y el hondo arcano siente
que ante el común esfuerzo
cediendo va su puerta.
A todo, hasta la tumba,
nosotros damos vida:
el Arte alienta al sábio
que á vacilar empieza,
y enséñale—de lo alto—
la ruta ya perdida;
el dón mayor que hacemos
al hombre, es la Belleza!
La vida es dura y triste;
doblar las frentes hace
la carga de las sombras
bajo su enorme peso;
más ve la luz un Sófocles,
con él lo Bello nace,
y siéntese que al mundo
le ha dado Dios un beso!
Al mártir la Belleza
le da fuerza invencible;
y si ella luce, erguida
la Humanidad se muestra,
que nunca lo perfecto
mintió ni fué falible,
y una promesa vemos
en cada obra maestra.
El verbo humano es FIAT;
el génio que habla, créa.
El hombre se ahogaba,
de aire mejor sediento,
y hallólo en los gemidos
del vate de Idumea.
Esquilo nueva atmósfera
dió al mundo con su aliento.
Bebed la luz del libro!
Lo bello que en la cumbre
del Dante brota,
el alma del universo inunda;
la Biblia guia de pueblos
inmensa muchedumbre;
Juvenal á los siglos
legó su ira fecunda.
El pensador que os mira
pasar, generaciones,
figúrase en vosotras
de un libro—del primero
que apareció en el mundo
—ver nuevas ediciones;
y en ti, Futuro, el máximo,
rico ejemplar postrero!

FIDEL CANO.

Caracas (Venezuela), 7 de Noviembre de 1897

TINTAS PÁLIDAS

(APUNTES PARA UNA ACUARELA)

Para el inspirado poeta Juan Carlos Menéndez.

Estamos en pleno reinado de la Primavera, y de una primavera ardiente.

Los campos se cubren de grama y de margaritas de cálices tan rojos como los lábios de mi amada. Las flores comienzan á fructificar; la sávia desbordante, que palpita entre los tallos, rompe los capullos, que vibran de gozo, estallando en pétalos perfumados. Los árboles se atavian con su lujoso ropaje del color de la esperanza, los naranjos, con sus hojas perennes, ostentan el blanco azahar, el símbolo de la pureza, y las acacias, con sus floridos racimos de sútil fragancia, hermosean ese cuadro en que la vida se desarrolla exuberante y lujuriosa y en que todos son cantos, luces y poesia.

Las zumbadoras abejas y las libélulas de irisadas alas, mensajeras del amor, penetran sin reparo en las régias moradas á llevar de flor en flor el murmurio harmonioso y el exquisito perfume de la vida.... ¡Con cuánto placer las flores abren sus delicadas corolas, de tonos vivos, á esos visitantes inconscientes que les llevan, en soplo delicioso, sus ténues besos y les cantan los castos amores de sus amantes ignorados....!

* *

El Prado me encanta.

Sus bancos rústicos son á propósito para dar rienda suelta á la fantasia, cuando se ha pasado recién bajo las arcadas de oro de la primera juventud, dejando en el camino muchas esperanzas desvanecidas, es cierto, pero trayendo en el alma ilusiones; nuevas cuando aún se sigue una senda de flores y se sueña; y — ¿por qué no decirlo? —cuando aún el rostro se baña de palideces y rubores y el corazón repiquetea en la cárcel del pecho, á la presencia de una impúber encantadora....

Allí, reclinado con indolencia, á la sombra del os eucaliptus,—ancianos testigos de tantos amores, de tantas historias;— oyendo el dulce susurro de las hojas que levemente mece la fresca brisa de la tarde; allí, contemplando como se alejan, suavemente, las aguas del color del cielo, del arroyuelo que serpea bajo los arcos del artístico puente, sobre aquel lecho natural de finísima arena, entre un tapiz festoneado de miosotys y fragancioso trébol, que con mano delicada, colocó invisible artífice; allí, siguiendo con la vista las pequeñas ondas espumosas, que la clara linfa forma como conglomerado de perlas, dentro de aquella concha de esmeralda; admirando aquellas pequeñas ondas, en las que juguetean los reflejos del áureo llanto de un sol espirante; allí, unicamente allí, se vive para los sueños.

En nuestro Prado reina un silencio encantador, un mutismo sublime. Las aves revoletean en la región de azur, turbando con sus gorjeos ese silencio que arroba el espíritu.

¡Y qué aire tan exquisito se respira allí; casi oxigeno puro! A esa hora en que el sol palidece, rompiendo las frágiles ondas de la bahia y sumergiéndose en su azogue, arrebolando los *estratus* del horizonte, que parece una vasta hoguera, al mismo tiempo que en oriente se levanta, envuelta en flotante túnica salpicada de diamantes, la radiosa Canopo, la estrella de nuestras encantadoras tardes meridionales, la misma que en invierno contempla, triste, el horto de un sol que agoniza en medio de nubes grices; á esa hora en que los pájaros vuelven al casto nido de sus cuitas de amor, modulando los gemebundos trinos de su último canto del dia; á esa hora misteriosa y poética que embriaga á las almas tiernas y sensibles; á esa hora en que los afanes del trabajo comienzan á desaparecer, ¡he abandonado muchas veces mi tormentosa vida de bohemio, mi vida hastiada de aventuras, de trabajos, de tormentas y de peligros, sedienta de horizontes nuevos, amplios, sin frio, sin nieblas, sin cierzos polares, sin cielos plomizos, y entónces ¡hora bendita! he podido absorver con todas mis ansias, con todas las fuerzas de mis pulmones, aquel aire oxigenado que purifica mi alma envenenada con la dulzura de los besos de pálidas Ofelias, de cabezas rubias, de rostros que no sonrojan, de filtros en los ojos, que ya no queman, de lábios que ya no abrasan y que se hunden en la carne...

¡Y qué cortas siento deslizar allí esas horas de calma, esas horas de tregua, en que mi alma adormida blandamente vaga al acaso, sin rumbo fijo, como náuta extraviado!

¡Cuántos paisajes recorro con la vista! Y recordando la aridéz de mi existencia ¡què belleza tan sublime hallo en este contraste! La uniformidad, aún mismo la belleza continuada, cansan al hombre, y por eso encuentro en el Prado, en los distintos objetos que allí hieren mi retina, diversas impresiones, que por lo opuestas con mi vida, dejan grande huella en mi alma.

Y allí, cerrando los ojos, para despetrar con los ojos del alma, entónces ¡cuántas emociones siento, cuántas alegrias! Paréceme que cruzo sobre lagos azules que el padre de los Incas, espirante, ensangrienta, con la luz vermeja de su antorcha, el luto de la noche; que asciendo á montes cuyas cumbres agugerean las nubes, en las cuales cimas cuaja la nieve que, tardío, derrite un sol enfermo que quiebra sus yermos rayos contra los riscos agudos de la costa; me parece que atravie o tapices de musgos, conducido por mano invisible, por manos de mujer, por manos de una hada, tal vez, y que subo magníficas escalinatas de alabastro; que cruzo portadas de gusto barroco que conducen á mansiones misteriosas, llenas de resplandores y de bellezas ignoradas, en las que orla la púrpura, el azul y el oro y donde se vé por todas partes, en desórden fantástico, cariótides, génios y amores esculpidos, amores con las alas rotas, armaduras relucientes, jarrones, candelabros, estátuas raras, plafones, troqueles, misteriosos pebeteros que derraman olores extraños, flores, muchas flores, flores exóticas, mucha suntuosidad, refinamiento por donde quiera que se mira, en lo más minucioso, en lo más infimo, y en medio de todo, mujeres, muchas mujeres, mujeres hermosas, como ramillete delicioso de carnes rosadas y rubias, que se sos-

pechan palpitantes debajo de las transparencias de las muselinas, pero que son mujeres frias, estátuas de hielo, cuya sangre no hierve cuyos ojos no chispean, cuyo corazón no palpita, cuyo espíritu no vá en espirales invisibles allá á los cielos, allí á lo ignoto, allí, á aquellas mansiones de séres superiores á nosotros, á entablar misteriosos diálogos con las estrellas y los ángeles.... y toda aquella decoración grandiosa, iluminada por muchas luces, muchas luces, luces á torrentes, algo de la luz sobrenatural de Dios!....¡Qué encanto! ¡qué poesia tan vigorosa y espléndida! ¡cómo se llena mi cerebro de ideas raras, de visiones mágicas del placer, de los refinamientos del amor, de ese desmayo quejumbroso del espíritu sutil, contemplando allí, en aquel sueño lánguido, en aquel sueño casi desfalleciente, aquellos desbordes de harmonia y de colores y de luces y de flores y de mujeres ...

Pero pronto vuelvo á la realidad de las cosas; oigo de allí, á lo léjos del Prado, entre los arbustos y las flores, entre las acacias y los cedros, entre las latanias y los naranjos, entre las lianas y los almendros, entre aquel cuadro de luz y de colores, que me deslumbra y que me emborracha, las notas del piafar de los caballos, del rodar veloz de los coches, que se detienen junto á mi; abro los ojos para volverlos á cerrar, deslumbrado, atónito; veo de un lijero *landeau*, el divino pié de una mujer ¡qué digo! de una hada, que asoma antes que ella, para caer en el estribo, como antes que la luz llena, asoma en la alborada el primer lucero.... y aquella mujer, aquella aparición, es mi amada!

Es mi amada que llega à arrullarme con los arpegios de su voz de angel, es mi amada que llega á arrobarme con la acariciante tibieza de su mirada que me envuelve y que me besa, con la acariciante tibieza de las llamaradas verdes de sus ojos sombrios, profundamente sombrios, de largas pestañas de seda á cuya sombra duerme el amor; es mi amada que con su celestial sonrisa me muestra los oyuelos deliciosos de su mejilla sonrosada como señalándome el sitio más á propósito para estampar mis besos, de su mejilla sonrosada que cuando la miro toma todos los cambiantes tornasolados de la púrpura; es la estrella de mis tardes invernales, mi Canopo, la Canopo del cielo de mi vida, es el sol que azula mi cielo; es el divino astro que se levanta para hacer huir envidioso al rey de los astros, que en la huida deja sus últimos rayos aprisionados en la ondulosa cabellera obscura de mi amada, en la cabellera obscura de mi amada que en lluvia de rizos acariciantes roza su frente pálida de virgen, su frente de nácar; es mi amada, sí, mi Juanita, mi *Hebé*, que llega á aquel Paraíso á libar de flor en flor; es mi amada que llega á aquel agreste retiro á jugar con las mariposas blancas, blancas como la nieve y como la espuma, blancas como el alma de élla y blancas como sus almas, sí, blancas como sus almas, porque las mariposas tienen alma, alma pequeñita y azulada ....

Y élla se aproxima á mi banco. Casi no hablamos pero nuestras almas se funden en una sola, nuestros tiernos pensamientos se buscan y se abrazan, como se abrazan nuestras miradas, como se abrazan dos rayos de luz que se unen en un solo reflector. ¡Què voluptuosidad tan dulce y tan tranquila! La vida se escaparía, en ese momento de nuestros séres sin una queja de dolor, sin una queja; nuestros párpados se cerrarian lentamente como los de un niño que se duerme y sueña; mis lábios se pegarian á su boca para recoger el calor de su último beso y morir con él.

¿Será eso acaso la absoluta felicidad... la compenetración de dos séres que se poséen y que poseyéndose se anonadan?....

Más pronto llega el momento de separarnos; la tomo de la mano y por entre los laberintos floridos la llevo á la salida del póetico retiro. Al pasar junto á un rosal, que embalsama la senda con su aliento, dos aves, dos palomas, dos mariposas; ¡qué sé yo! ..dos séres alados, se escapan despavoridos y con envidia....

Llegamos á la rústica puerta y ella desenlaza su mano de la mia y se la lleva á los ojos para ocultar una lágrima temblorosa que se detiene en sus pestañas como penderia de un hilo de oro una hermosa perla de Ceylan; una lágrima que se detiene en sus pestañas, como si dudara de que hubieran dos lábios prontos para recibirla! Entónces ella se separa de mi; no me dice ¡hasta mañana! pero un tímido suspiro se ahoga como una lamentación en su garganta..!

Y se esfuma en las tintas vespertinas del crepúsculo, como se esfuman en el espacio las estelas luminosas que á su paso dejan las estrellas errátiсas; la penumbra acrece, y allá, entre aquel cuadro de luz y de colores que me deslumbra y que me embriaga; allí, á lo lejos del Prado, en occidente, por entre los eucaliptus y las acacias de floridos racimos de sutil fragancia; entre los naranjos de perennes hojas; que ostentan el albo azahar, el símbolo de la pureza; entre las latanias y los cedros y las lianas y los almendros y los arbustos y las flores odoríficas, cubiertas por los cristales del rocio, allí, en ocaso, veo el astro rúbio y altanero, el sol de topacio, que desciende bajo un arco de rosas para sumerjirse en un lago de escarlata, al mismo tiempo que cerca del zenit, la luna, enorme, inclemente, desgarra en pedazos, con sus cuernos de ópalo el seno virgen de una pobre nubecilla pálida, cuyo vientre azul herido, empezaba á verter temblantes ondas de púrpura y violeta...

Entónces, las aves temerosas unen sus picos y entrelazan sus alas, ocultas entre el follaje fresco, y se dicen sus cándidos deseos. Hiende el aire la brisa embalsamada y húmeda que con sus gemidos trae los últimos efluvios de las flores que han cerrado sus broches, cual pomo de perfumes, y una plegaria, un sollozo, un himno una oracion tal vez, cantada por la solitaria inmensidad de los espacios, un algo así como el postrer suspiro de la Naturaleza espirante, oprime el corazón con su grandeza, y la noche, amantísima y tierna, cubre cuidadosa, lentamente, muy despacito, tantas bellezas con un régio manto de nitido azul turquí bordado con chispas de plata.

WERTHER.

En el Prado de Montevideo, Diciembre 17 de 1897.

¡TARDE!

DEL INGLÉS

Coronada de flores la Alegria
Detúvose al umbral de mi mancíón:
Viéndola irse, le rogué que entrara,
Y élla me dijo:—«No!»

Con una antorcha que alumbró mi estancia
La Fortuna én mi hogar se presentó.
—«Has venido á quedarte?»—preguntéle,
Y ella me dijo:—«No!»

La Fama vino en esplendente traje
Y al verla allí latió mi corazón;
Le conté mis ternuras y mis sueños...
Y desapareció.

Hollando rosas, sonriente y puro
Ví llegar á mis puertas el Amor;
Le pedí sus caricias y sus besos
Y contestóme:—«No!»

Después á mi vinieron la Alegria,
La Fortuna, la Fama y el Amor;
Pero ¡ay! cuando volvieron, era tarde,
Y yo les dije:—«No!»

ISAÍAS GAMBOA.

San Salvador, Noviembre 9 de 1897.

AMOR DIVINO

Ofrecemos á nuestros lectores la siguiente traduccion inédita de un soneto en italiano, desconocido, del que es autora la señora Magdalena Morelli de Fernandez, natural de Pistoya, célebre poetisa laureada, entre los Arcades. *Corila Olímpica:* siglo XVIII.

Del cielo, en nube de eternal belleza
Bajó un Amor, sin venda y desarmado;
De clara luz radiante la cabeza,
Rojo el vestido, humilde y descuidado.
Lo ví y al contemplar su gentileza
Sentí una herida en el siniestro lado;
Ví la virtud en toda su pureza,
Y en feliz se trocó mi triste estado.
Ah!—le dije—no eres tú el capcioso
Amor cruel, que halaga á los sentidos,
Y á la razón desprecia con la audacia.
Tú eres divino, puro y religioso;
Tú haces la dicha de tus escogidos,
Y á la virtud estimulas con tu gracia.

LUIS IGARTURBURU.

La Plata, Diciembre 15 de 1897.

CUENTO GRIS

Soñando que tu vivias
Yo lloraba en sueños.
HEINE.

Anoche, al apoyar mi mente sobre la almohada, pensé que iba á despertar en tu dia, que tu reposabas para siempre y que yo no era sino un viajero, errante en el desierto del mundo.

Recordé que las rosas serían gratas á tu sepulcro, por que el año pasado tú te marchaste bajo las flores... Despues me adormeci en tu recuerdo y adormecido soñé cosas extraordinarias.

Soñé que tu ausencia no era eterna, que vivias bajo la mirada del cielo, que tu rostro era muy bello todavia y que tu vida, tus anhelos y todas tus alegrias se deslizaban en un paraiso de ensueño, lleno de árboles y de perfumes, de auroras y de crepúsculos, de dulzura y silencio, y en el que habia, á manera de exodos de plata abandonados, resplandecientes lagos, en cuyas ondas nadaban cisnes con las alas abiertas y el cuello recogido como en la hora del sueño. Y soñé ¡oh alma mia! que eras tú la única reina, el único habitante de ese paraiso, perdido en el fondo del universo, allá en la infinita inmensidad del espacio.

Yo te veia aparecer de vez en cuando en mi sueño, circundada la cabeza de maravillosa guirnalda, el cabello tendido sobre la espalda, la mirada serena, la sonrisa en los labios, caminando apenas por entre el follaje del bosque que te pertenecía, por entre jardines inundados de luz como tus ojos, y como tus ojos llenos de misterio, de obscuridad, de niebla y de melancolia. Y yo al mirarte, guarnecida de flores, pensé en una mariposa de especie desconocida, y al contemplarte el rostro, crei encontrar en él la perfección de la forma, y ver en ti lo que no habia visto nunca, y percibir de tus lábios lo que nunca habia percibido y divisar en tus ojos lo que jamás hasta entónces ¡oh alma mia! habia divisado. Porque tú eras para mi única, y yo te queria así, porque sabia que la felicidad, el anhelo, la gloria, el ensueño, la locura, la riqueza, en fin, todo lo que se puede apetecer en la tierra, todo lo que se puede imaginar sobre el universo estaban condensados en ti, en tu persona, en tu cuerpo, en tu alma, en lo que tocabas, en lo que mirabas, en lo que anhelabas, en lo que rodeaba á tu ser infinito y solemne, en lo que abarcaba tu vista y se extendia ante tu rostro omnipotente y divino. Y yo dejaba ir mi pensamiento en pos de ti, y sentia estremecimientos nuevos, cuando te contemplaba y me creia infinitamente superior cuando pensaba que me dejarias besar el polvo que levantaban tus plantas, cuando te veia en la noche, semejante á una estrella, cuando te sentia palpitar, hablar, reir con tu diosa, que era para mi como un puñal sobre el pecho, cuando oia tu voz y columbraba tu cuerpo, desfalleciente en la sombra.

Y yo no podria decirte, mujer, noche, aurora, omnipotencia y luz, lo que soñaba, lo que sentia, lo que vibraba aqui dentro, lo que en mi ser parecía iba á estallar como un órgano, lo que crujia bajo mis entrañas y amenazaba levantarse en mi cráneo. Porque tú eras para mi, en aquel momento, lo que puede ser un águila sobre una cumbre, lo que puede ser una alondra para su nido, lo que puede ser una victoria para un ejército, un rey para un esclavo, un rayo de sol para un hombre sepultado en la niebla, un poco de aire para quien yace sumergido en la lobreguez de una mina.

¿Y después? Ah! despues abri los ojos y miré en torno mio, y vi tu cabeza apoyada sobre la almohada, no tan blanca como

tu frente, y vi tus ojos profundamente cerrados, y vi tus manos yertas y pálidas en actitud humilde sobre el pecho, y vi tu cuerpo revestido de reluciente mortaja y sobre la mortaja vi rosas y lirios blancos, y á cada lado del ataud que encerraba tus queridos despojos vi seis cirios que ardian lentamente, ¡Oh, muy lentamente!

Y recordaré con el corazón oprimido, que tú eras la muerta, tú á quien yo hubiese de'endido con mis besos, que eras tú la que reposaba allí, sin luz en los ojos, sin sangre en las venas, sin ideas en el cerebro, sin movimiento, sin vida, sin calor y sin ninguna palpitación en el alma, sin expresión ninguna en el semblante, glacial como el mármol, inmóvil é inanimada como un pedazo de piedra.

Pero no, alma mia, dime que no, que no era ella la que estaba allí, muerta en el salón tenebroso; que no era ella, no, la pálida, la inanimada, la fria; que no era por ella por quien habia tantos corazones oprimidos, tantos lábios temblorosos, tantas esperanzas para siempre desvanecidas!

Y sin embargo, si, eras tú, tú misma. Y yo te contemplé sin verte, y de pronto te vi surgir en mis ensueños, como una aparición divina, y levantarte en mi memoria, como una virgen desconocida, y atravesar mi alma como una visión, como una estrella de luz infinitamente pura, y cruzar ante mis ojos como una ventura, como una flor, como un perfume, como un ala blanquísima, como un cisne, como un pensamiento inmenso en el instante soberano del éxtasis.

Pero, de repente pálido, desencajado, atolondrado, sombrio, ciego, insensible como su cuerpo, paralizado y terrible, la mente llena de mil horribles ideas, dos ojos sin lumbre, el corazón sin latidos, los pulmones sin aire, la frente sin recuerdos, sordo á todo murmullo externo, ajeno completamente á todo lo que no fuese tú misma, sumergido con alma y vida en malos pensamientos, tuve una alucinación, un sueño, una sensación formidable, una idea de Satán. Quise huir para escapar á élla y no pude. Estaba como clavado. Quise gritar, hablar, desaparecer de allí, alejarme de tu lado, apartar mis ojos de tus ojos, desterrar tu imágen, separarme de mi pensamiento, desligarme de la vida para sepultarme en la tiniebla; pero...imposible.

Tú estabas ahí. Y yo te veia, si, te veia blanca, pura, alada, harmoniosa, tal cual aparecistes ante mis ojos la primera vez que te vi, tal cual yo te habia soñado: negros el cabello y los ojos, la forma del cuerpo de maravillosa hermosura, alegre, provocadora, digna de ser amada y comprendida, bella, risueña como una primavera, ingénua, impregnada la faz de sobrehumana dulzura.

Después vi que te arrancaban de mi lado y que tu semblante desaparecia bajo la tapa del féretro, que huias de mi y que contigo se desvanecian todas mis ilusiones, todos mis perfumes, todas mis dichas, todas mis esperanzas. Y yo, no obstante, dejé que te llevaran, muerta mia. Mas ¡ay! cuando te sacaron, cuando la calma fué restableciéndose poco á poco, cuando de ti no quedaba ni la huella más mínima, cuando entre nosotros no existia ya vínculo alguno, cuando todo se hubo desvanecido, extinguido; acabado, olvidado, cuando tu nombre no era más que un rocio que se disolvia en el éter y tus virtudes solo un perfume en que ya nadie pensaba, cuando la imágen ideal que habia quedado de tí iba perdiéndose poco á poco entre la nube del tiempo, cuando sondeé tu corazón y vi con claridad en el fondo de tu alma, mis ojos se nublaron y sentí que algo, profundamente extraño y doloroso, se desgarraba en el fondo de mi sér.

Recordé que nunca me habias amado. Y entónces, loco, delirante, lleno de zozobra y pena, quise arrancarme el corazón.

EUGENIO DIAZ ROMERO.

BARCAROLA

Para ti

Niña ¿no escúchas...? Todo nos llama
Con el lenguaje que puso Dios
En cada cáliz, en cada rama,
En lo que inflama,
—¡Entre los dos!—

Vámos, despierta mi bien—La brisa
Nos trae suspiros de mirto en flor,
La luz asoma, como sonrisa
Que profetiza
Dichas de amor!

Oye;—las árpas en el sombrio
Lánzan las notas de su cantar;
Entre los juncos, modula el rio
El himno frio
De su pasar!

Oye, ¿no escuchas...? Son mariposas
Que baten álas en el vergel,
Alas de fuego, ténues, hermosas;
Y buscan rosas
Que brinden miel!

Ves? Son jazmines níveos, tomados
Para ofrecerlos, mi vida, á ti,
De los que pénden de los granados
En que ha anidado
Tu colibrí!

Vamos, despierta mi dulce encanto:
Bajo las palmas te adormiré
Cuando en la selva no suene un canto,
Y el negro manto
Cercano esté!

Vamos!—Yo quiero de mis amores
A ti la historia santa cantar,
Entre perfumes, brisas y flores,
Y resplandores
De despertar!

Quiero contarte lo que habla al nido
La hoja tremante, en su rumor;
Lo que á otro pecho dice el gemido
Del pecho herido
Por el dolor!

Vamos, despierta. La aurora llega.
Todos los nidos tienen canción,
Entre las lianas el áura juega,
Vén: te haré entrega
Del corazón!

Niña ¿no escuchas...? Todo nos llama
Con el lenguaje que puso Dios
En cada cáliz, en cada rama,
En lo que inflama,
—¡Entre los dos!

UBALDO RAMÓN GUERRA.

Las Piedras, Diciembre 17 de 1897.

LA HIPÉRBOLE DEL ARTE

NERÓN

ESTUDIO FILOSÓFICO--HISTÓRICO--LITERARIO

El primer concursante fué Nerón; vestido de tañedor de lira, apareció ante la multitud precedido por tribunos militares y amigos intimos. Los prefectos del pretorio se apresuraron á ofrecerle la cítara con grandes ceremonias, mientras el consular Clavio Ruffio, pregonaba á grito herido que el opositor Nerón iba á ejecutar sin apartarse de las reglas del concurso, el canto *Niobe*.

La muchedumbre lo aplaudió como para animarlo; no necesitaba tanto, como el corcel brioso que no necesita el aguijón de la espuela para devorar el espacio, con voz potente cantó Nerón, y desde el principio, un torrente de notas sonoras y prolongadas inundaron el ámplio coliseo, y al terminar, despues de lucir su habilidad musical en *fioriture, stacatto, vivace, allegro, mosso, dó de pecho y si-bem les*, con mucho idem con mayor frenesí que fué aplaudido en Nápoles, lo hizo el *populum* romano, sin necesidad para nada de la *claque* de los *Augustani*.

En vano se le presentaron competidores! Verificado el escrutinio, resultó con el primer premio de honor el concursante Claudio Tiberio Nerón! Con solo presentarse y cantar habia vencido; podia haber dicho parodiando á César: *vine, canté y vencí!* y no hubiera mentido.

Ambito estrecho para el ardor musical de Nerón eran Nápoles y Roma; necesitaba aturdir con los écos tonantes de su fama á las ciudades lejanas del Atica; como el cóndor caudal que no le basta el ambiente reducido del sitio donde se creara y abre las potentes alas y se lanza á la región del cielo, bebiendo un oxígeno más puro que el mefítico de la tierra, embriagándose de rayos solares que lo coronan como monarca del espacio; así Nerón necesitaba más ancho campo á su inspiración artística, pueblos enteros, nuevas razas, muchedumbres entusiastas, palpitantes de emoción, vivándolo, aclamándolo el rey, el emperador, mejor dicho, el dios de los cantantes, en medio de la pompa fastosa de las costumbres orientales; y decidía recorrer la Grecia para empezar á conquistar el mundo por la májia de su voz como los famosos Escipiones iban al Africa y á la Iberia, sepulcro de las legiones, á cargarse con el botin de guerra, y ceñirse en las sienes el laurel de la victoria.

Y allá fué; formando, él solo, el empresario y la compañía; no diremos que también formara el auditorio, porque los *Augustani* habiánse quedado en Roma, gozando del sueldo íntegro de *claques*, semejando en esto á varios funcionarios públicos modernos, que perciben sueldo pero que no *funcionan*. Y á fé que un empresario hubiera ganado, y no poco, con una primera parte como Nerón, pues un pretor le ofreció, por que cantara una sola vez, un millón de sextercios.

Despues de algunos dias de viaje por mar, en cuyo viaje acalló la voz melódica de las sirenas mediterráneas con los arpegios de sus notas aterciopeladas y dulces como balada eslava y apaciguó los desatados elementos y las turbulentas olas y el viento silvando en las járcias de la imperial galera, con los écos robustos de su harmoniosa voz leonina,—desembarcó en Casiope y se fué, primeramente, á cantar un himno de alabanzas ante el ara de Júpiter Casio. Y luego....Oh! luego, despues de cantar en los anfiteatros, en los circos, en las academias filarmónicas, en los palacios de los guerreros, de los príncipes y de los majistrados, despues de presentarse en todos los concursos y de luchar lealmente con cuanto competidor le saliera al paso, despues de recorrer victorioso las principales ciudades de la Grecia, siempre triunfante, siempre aplaudido, y festejado á porfía, admirando á los pueblos con los encantos melódicos de su voz, despues de ceñirse las áureas coronas con que le obsequiaban las ciudades, y de pasar bajo los arcos triunfales que erijian en honor suyo, aún sentia deseos de adquirir más renombre, más aplausos y mayor gloria.

Aquel tirano formidable era un pobre esclavo de la gloria que lo amarraba en un lecho de tormento con sus doradas cadenas. Mónstruo! ¿de qué te sirve tu poder, tus innúmeras lejiones de soldados, el puñal de tus sicarios, el hacha de tus lictores, las montañas de oro y de riquezas, despojo de tantas nacionss y reyes vencidos, si no te puedes librar una sola hora, un solo instante, de tus dias agitados y de tus noches sangrientas, del fantasma de la ambicion de gloria, que pone en tus venas, como una inflamada túnica de Neso, ardor, inextinguible ardor, que lentamente te devora?

Ilélio, uno de sus libertos favoritos, le escribia, quizás sintiendo nostalgia por la voz *celeste* de Nerón: «Roma exige tu presencia; apresura tu vuelta». A lo que Nerón contestó, revistiéndose de artistica dignidad:—«No es posible que desées mi vuelta á Roma; más te valiera aconsejarme y desear que no vuelva aún, si quieres que Nerón vuelva digno de si mismo».

Cuando le pareció que hubo cansado á la fama, que con sus mil trompetas pregonaba de un ámbito á otro del imperio romano que era un gran artista, volvia á Roma y volvia más triunfante que Mario, vencedor de los Cimbrios, y que César Augusto despues de subyugar á las Gálias y que los Escipiones, despues de haber derrotado las formidables huestes de Annibal, aquel gran capitan cuyo único ideal soñado era el imperio púnico sobre Roma derrotada y la supremacia africana sobre el mundo latino esclavo.

Y aquella Roma, obra colosal de miles de titanes encadenados á los trofeos de sus glorias guerreras, aquella Roma jamás vencida, fundada sobre rojos granitos asirios y edificada con la gallardia dórica y la grandeza ciclópea ejipcia, aquella Roma que por tantos siglos esplende fulgurante iluminada por los pueblos todos de la tierra, con la luz que irradiaba de sus victorias, de sus poemas de la moral y la filosofia de Atenas, de Esparta, de Alejandria y Caldea, encendiendo la hoguera del derecho: foco de luz que iluminaba la noche de los tiempos, á cuyo fuego sagrado irán á encender las antorchas de sus mentes, las venideras jeneraciones forenses; aquella Roma grande hasta en sus crimenes, ya que era jigante en su valor cívico y en sus virtudes patrióticas, se preparaba para recibir á su réjio cantante de un modo digno de ella y del emperador; esto es, buscando el modo de hacer de la llegada de Nerón un acontecimiento que marcara un surco luminoso en el campo de la historia.

Antes de ir á Roma, Nerón hizo su entrada triunfante en Antiun, en Albano y en Nápoles, sobre un carro dorado, guiado por briosos caballos blancos, como nieve alpina. Las dos ciudades abrieron una brecha para que entrara el emperador, honra que solo obtuvieron los victoriosos de los juegos sagrados. Los habitantes de ambas ciudades lo victoreaban y aplaudian como si tomara parte en la fiesta el honor de Roma entera Pero, esto era nada en comparación de la ovación que le preparaba la ciudad de los Césares; fué algo de magnifico, nunca visto hasta entónces.

Una gran escolta de caballeros de Africa de los cinco mil *Augustani* asalariados y de correos, ataviados con esplendor asiático, ostentando costosos brazaletes, montados sobre corceles que bufaban de orgullo al verse enjaezados tan espléndidamente, marchaban como batidores, abriendo calle al Emperador. Luego iban detrás de la escolta, que Nerón llamaba los compañeros de su gloria y soldados del triunfo, gran número de carros adornados con paños lujosos, sobre los que iban las mil ochocientas coronas ganadas en Grecia; llevando cada carroza una inscripción en la que se marcaba el sitio donde habian sido conquistadas, los títulos de los cantos ejecutados por Nerón y hasta el número de los vencidos en los concursos filarmónicos.

Detrás de las coronas, entraba Nerón en la ciudad del Tiber, sobre el carro de oro triunfal de Augusto. Vestia la púrpura real, que caia de sus hombros en artísticos y flotantes pliegues sobre su robusta persona y la clámide estaba toda bordada de estrellas de oro; en la frente llevaba la corona olimpica de los Césares, y en la mano llevaba la corona pitica, símbolo de la victoria que acababa de obtener el gran artista sobre los pueblos de cien ciudades griegas.

Erguido iba Nerón sobre el carro triunfal; más orgulloso que Mario, al ser entrado en hombros de los soldados romanos volviendo de vencer á los Tautones... Tambien no era su orgullo justo, presunción, pues le precedian las mil y ochocientas coronas que eran los gloriosos trofeos de su campaña artística.

Esas coronas eran el limbo fulgente de su fama de cantante sublime. Porque por una aberración de la naturaleza, que en una ave de tan magnificas plumas como el pavo real pone un canto tan horroroso, en el alma sanguinaria de Nerón habia puesto el sentimiento del Arte con la voz melódica de los ruiseñores!

FRANCISCO C. ARATTA.

Continuará

¡AUSENCIA!...

Brisa aromada que en alegres giros
jugando besas la floresta umbria,
llega do el ángel de mi amor y cuéntala
por ella, fiel, mi corazón suspira.

Céfiro blando, perfumado y leve,
que alientos robas á la flor divina,
vuela do mústia está mi tierna amada,
que es sólo suya dila el alma mia.

Ave feliz, que en la región zafirea
las tornasoles alas suave agitas,
toma mi amor y lleva hasta su oido
de mi pasión la música infinita.

Estrella rutilante, que en la esfera
con luz celeste, lánguida escintilas,
absorbe de mi espíritu los rayos
y con ellos anima su sonrisa.

Pálida luna, que la etérea bóveda
con nacaradas luces iluminas,
envuelve en ellas mi ternura amante,
sobre *ella* vierte trémulas caricias.

Fulgente aurora, que de grana bordas
los confines, de arcángeles anidan,
refleja de mi amor la llama ardiente
é irradiala en su frente alabastrina.

Encantador crepúsculo de púrpura,
que dibujas alcázares de ondinas,
su imágen copia, seductora y blanca,
y haz que, radiante, muéstrese á mi vista.

Nubecilla que, allá en el firmamento,
con calma arrobadora te deslizas,
llega do el ángel de mi amor y cuéntala
por ella, fiel, mi corazón suspira.

JUAN CARLOS MENÉNDEZ.

San José, Diciembre 16 de 1897.

LA PATRIA

JUAN LINDOLFO CUESTAS

El blanco esquife á naufragar avanza,
Rompen las járcias vientos ladradores:
Y nube gris de pálidos colores
Cubre el astro polar de la Esperanza.

Un náufrago en el mar á ver se alcanza,
En la hora de los grandes estertores,
Entre la onda, de gláucos resplandores,
Altivo y fuerte, el salvador se lanza.

La tempestad acrece, más, su presa,
(Tu santa causa, pueblo soberano)
No la devora el mar en su sorpresa.

Qué el Destino prestóle á un hombre mismo
Fuerzas bastantes en la heróica mano
Para arrancar la Pátria del abismo!

RAUL DE ALCEDA.

Minas, Diciembre 17 de 1897.

MIOSOTYS

Descendia lentamente la colina; iba el valle encerrado entre montañas, en donde, á la orilla del lago de aguas dormidas y floridas márgenes se alzaba el hogar que abrigó su cuna, su juventud, sus primeros amores.

Caminaba con lentitud el peregrino. Con la lentitud ¡ay! del que no espera dilatar el corazón con una diástole suprema de felicidad al llegar al término del viaje. Cada paso que daba evocaba un recuerdo y él los saboreaba con beatitud; los iba ordenando todos en su tristisimo espíritu mortalmente abatido y el estupor de su *tedium-vidae* cedia á un ensimismamiento, asombro ó calma.

Alli estaba todo; la sintesis de su vida la encerraba aquel valle.

Las montañas lejanas habian ofrecido á sus miradas de niño soñador su incomparable paisaje, á ellas habian ido á morir los ecos del lago, llenos de las vibraciones de sus risas, de sus cantos; aquellos ecos que agitó un dia con el hinmo de su amor triunfante, y otro dia con el grito de un tremendo dolor.

Porque para él, como para todas las criaturas de la creación, llegó la hora en que se cumplieron los sueños y la ley inmutable de la vida de los seres, fundiéndose en una dicha de fantástica realidad: la hora del amor.

Y para él, como para todas las criaturas, llegó el instante en que se cumpliera otra ley también inmutable en lo creado: la del dolor.

Asi, en una mañana en que las aves daban á los ecos del lago el canto de sus ternuras, como él les habia dado los acentos de sus juveniles alegrias, traspuso aquella colina y fué á buscar en la iglesia de la aldea vecina á la cándida elegida de su corazón, con la que volvió por el sendero hoy interminable como todo lo ingrato, al hogar que se alzaba blanco, sobre la verdura de las márgenes que ostentaban todo el lujo de su bella profusión de flores para recibir á los desposados, á la gentil pareja que llegaba.

Asi agotó aquel dia todas las dichas soñadas y todas las azules miosotys de la ribera, para fundir las primeras en una sola y sublime felicidad: amar y ser amado, y las segundas en una guirnalda, arco triunfal de la juventud á los lares con que adornó la puerta de aquella casita, blanco nido de sus amores.

Y asi llegó otro d'.. de nefasta memoria, en que el albo templo de cuanto adoraba en la tierra se convirtió en urna cineraria, en que quedaron encerradas las cenizas de su desolado corazón. Dia tremendo, el último en que su mano trémula despobló las márgenes del lago de sus azules adornos,—los miosotys queridos—con que cubrió á la vez á la muerta y á la tierra de la pátria que abandonaba. Porque, después del horror de aquellas horas huyó, pisoteando sus amigas de las horas felices, aquellas flores azules que ahora crecerian y se marchitarian alrededor de una tumba solitaria; y aquel rincón de tierra paradisiaca, encerrada entre sus altas montañas nativas, sólo fué ya en su vida una visión celestial guardada en la memoria revelde al evocado lenitivo del olvido.

Volvia, trás largos años, para llorar y morir sobre las cenizas de sus amores...... entre aquellos miosotys que crecian alrededor de una tumba, después de haber formado un dia arco de triunfo al paso de su dicha triunfante.

Se sentia enfermo, fatigado y sólo. Y en el Gethsemani de su dolor, el desgraciado

no vió un ángel que lo confortase al apurar el cáliz de su vida expirante, cuando cayó sobre aquella sagrada tierra para no levantarse más.

No vió, pero lo sintió: fué un mensaje del cielo, aquella visión del pasado al reclinar la blanca cabeza moribunda sobre las flores del recuerdo. La iglesia de la aldea, los ecos del lago llevando á las lejanas montañas cánticos religiosos, la plegaria de la madre en la infancia, la de la novia en el dia feliz.

El anciano, en la gran calma de la naturaleza recordó, oró y lloró....el salmo de alma subió al cielo en la tarde melancólica de luces crepusculares que el lago reflejaba.

Oró y descansó: *Aquel* que oye siempre, envió el eterno reposo sobre el fatigado peregrino, mientras el último éxtasis producido por los recuerdos de su corazón agonizante le mostraba una alma, luminosa como las elegidas, que venia en busca de la suya; y en tantó que formulaba este último pensamiento, dejando vagar su última mirada sobre el valle:

—La tierra.... el dolor.... Dios.... la esperanza....

AQUILINA VIDAL DE BRUS.

Rosario de Santa Fé, Diciembre 15 1897.

Tú y Yo

Tú eres la luz de mi primera aurora,
El nimbo celestial de mis amores,
La alondra de mis sueños pasionales,
Mi flor de lis, nacida entre arreboles.

Yo soy esclavo de tu ideal belleza,
Sumiso enamorado de tus dones,
¡Qué anhelara tener de dicha un mundo,
Para aumentar tu radiación de soles!

Tú eres cadencia en las tranquilas auras,
Del almo sol surgiste en los fulgores,
Eres fragancia en la floresta umbria,
De música inmortal eres acorde.

Yo soy la madreselva que circunda
El florido cancel de tus balcones,
Y satura con ondas perfumadas
De tus crenchas los bucles brilladores.

Tú eres la virgen que en los sueños mios,
Envuelta en impalpables resplandores,
Desvaneces las nieblas de mi frente
Con el sacro rumor de tus canciones.

Yo soy un trovador aprisionado
En la cárcel azul de tus amores,
¡Qué anhelara tener de dicha un mundo,
Para aumentar tu radiación de soles!

ALBERTO AGÜERO.

San José de Mayo, Diciembre 17 de 1897.

HIPICOMANIA

Del Natural.

NUESTRO pais es uno de los que más siguen el refrán aquel de: *lo que es moda no incomoda*; y á imitación de la marea, que tan prónto sube como baja; así hoy se abandona una moda para adoptar otra mañana.

Hace ya algunos años estaba en auge la de concurrir á las carreras, haciendose la *high-life* una obligación en asistir á las reuniones que domingo á domingo tenian lugar en nuestros Hipódromos (pues dos eran los que funcionaban) pero, ahora, ya esa moda se ha abandonado por la de los paseos al Prado y Villa Colon.

A pesar de esto, el entusiasmo de algunos aficionados no ha decaido.

Conozco yo algunos que *dragonean* de *sportmans* y como tales creen conocer á fondo todo lo relativo al *sport*, preciándose, algunos, hasta de saber el orijen del primer estribo de caballo, si su autor tenia familia ó no, y mil otras menudencias por el estilo, relativas á este mismo tópico.

A otros, en cambio, les dá por otro lado la afición, pues sé de un jóven que para sus trajes elije los colores de los pelos de caballo andando á veces, por esta razón, vestido de overo, doradillo, rosillo, alazán y asi por el estilo siempre, usando ademas las corbatas color alfalfa en las cuales luce alfileres que figuran *jockeys*, caballos, etc, etc.

Se precian, otros, de ser grandes *boleteadores* pregonando á todos vientos y delante de cualquier sujeto, que han jugado tantos ó cuantos boletos, cuando en realidad lo que tienen es medio ó un cuarto de boleto á *placé* al caballo favorito. Son estos mismos los que siempre que hay algun *batacazo*, éllos lo tienen.

Sé yo de algunos jóvenes, los cuales cuando se hallan en el Hipódromo, dejándose llevar por sus *árduos* conocimientos en historia parangonean á tal caballo con el que montaba Napoleón en Waterloo, á tal otro con el que sirvió á César durante su campaña, llegando algunos--creyendo hacer un elogio--á comparar á uno de esos *pingos* de imponente planta, formas irreprochables y demas prendas que de él hacen un caballo precioso, con el Rocinante que sirvió á Don Quijote según nos lo pinta Cervantes.

Otros, durante los momentos que estan en la tribuna «flechando corazones» se entretienen en hablar á sus compañeros de sus *Dulcineas*, en lenguaje hípico á las cuales les aplican el adjetivo de *potranca* y otras lindezas.

Otros, usan luengos y lustrosos cabellos, tuzados por parecerse á sus caballos favoritos.

Conozco á algunos jovencitos que cuando se hallan en el Hipódromo, como si el verde les diera impulso, y vida el anchuroso espacio del circo, les dá por desarrollar sus medios de locomoción, improvisando entre ellos reñidas *pencas*, que resultan interesantes por la clase de animales que en ellas toman parte.

Otros, menos exaltados, pero no menos aficionados al noble juego del *sport*, se hacen un honor y como tal lo cuentan, en haber pasado su mano por los sedosos lomos de célebres brutos.

Muchos se indignan porque aqui no encuentra, como en otros paises, la acojida que se merece el *sport*, y trinan porque no van al Hipódromo, como en Buenos Aires, las más distinguidas damas, alegando que, de este modo el *Jockey Club* progresaria, sin fijarse que ellos, los que se indignan, aprovechan las entradas *pechadas*.

Y sé de un señor, serio, sin trazas de aficionado, que, al acabarse de correr una gran carrera entre argentinos y orientales, y como resultase ganador el campeón oriental, bajóse de las tribunas, febril, impaciente, embargado todo su ser por la alegria más viva, ante tan señalado triunfo, á estampar en la húmeda boca del ganador el más casto y sonoro beso que jamás boca alguna le hubiera dado!....

Hay tambien entre esta falange de aficionados, coleccionistas; conociendo yo, á varios que poseen valiosas colecciones de cerdas de ganadores de premios clásicos y dientes, muelas y herraduras de vencedores internacionales.

Sé de algunos jóvenes que les hablan á sus amigos con aire misterioso, en lugares retirados, «lejos del mundanal ruido», á sus oidos, con voz casi imperceptible, pronuncian el nombre de un caballo, le recomiendan reserva de la noticia, le ponderan las hazañas del animal, le dicen que corre mucho, que en los aprontes corrió en tanto los tantos metros, que viene en *golpe*, en fin, que es un *chacamento* la carrera, y despues de dar tantos datos para jugar en fija y acapararse medio sport, ellos no lo juegan. Estos tipos raros son los *escarbadores*, quienes se precian de conocer á cuantos cuidadores hay en Maroñas y de recibir de ellos sus informes.

Hay tambien en el Hipódromo, *claque*. Los individuos que la forman aplauden á cuanto caballo gana un clásico, victorean á sus dueños y vivan á las cabañas en que nació el ganador; pero victorean y palmotean por el mero gusto de aplaudir, pues esta *claque* no se paga como la de los teatros, consiguiendo con sus aplausos llamar hácia ellos la atención de quien no los conoce, aparentando como que han jugado grandes sumas.

Hablando de este tópico tendria para un articulo demasiado largo, con que asi pondré punto final aplicándome un refrán criollo, aquel de «no lo toque ño Lonjino que es pa pior»

EDUARDO LÓPEZ LABANDERA.

Montevideo, Diciembre 18 de 1897.

LA MARGARITA

Soy una flor esplendente
Que al sol le muestra riente
Pura faz,
Y en los campos que el sol quema,
Soy el símbolo, el emblema,
De la paz.

La Madre Naturaleza
Me prodigó la belleza
Del matiz,
Y con mi túnica hermosa
Soy la régia, la orgullosa,
La feliz.

Los amantes soñadores
Y mágicos trovadores
Si me ven,
Al encontrarme tan bella,
Dicen que soy una estrella
Del Edén.

No hay ave que no me ame,
No hay núbe que no me llame;
Y el zorzal
Todos sus cantos me ofrenda...
No hay noche que no me prenda
Luz astral.

AGOSTO MUSSO.

Montevideo, Diciembre 18 de 1897

La Salud es la Belleza

El capítulo I del libro inédito del señor Curbelo, ha despertado la atención de muchas personas que anhelan el desarrollo de la higiene en el País y nos han pedido si podiamos obtener alguna otra página. El señor Curbelo nos manda el capítulo II que como el primero, nos muestra que su libro resultará util y hermoso.

DICE Lavater, el célebre fisiognomista: *No espereis embellecer al hombre sin mejorarle*. Y, más tarde, añade: *Si no mejorais al hombre no espereis conservar su salud*. Mejorar al individuo, hacerlo consciente de su misión sublime, embellecer su cuerpo, sublimizar su alma, esta es la tarea,

bastante árdua, que, desde hace muchos años, me he echado sobre los hombros; esta es la misión que creo cumplir plenamente; abrir al hombre nuevos horizontes de libertad donde el alma pueda espaciarse en plena luz de ideales, y dar á su cuerpo la harmonía de las formas para equilibrar así al sér humano, para perfeccionarlo en esta eterna ascención al cielo de la dicha.

La salud física atrae, como imantándola, á la salud moral, porque el organismo humano es un cuadro de tan maravillosos colores, y de tan perfecto dibujo, que, al observarlo tan solo, puede deducirse el carácter, el temperamento, la inteligencia, hasta las tendencias morales... Yo sé que el bilioso, el malhumorado, tiene el rostro de un verde pálido, enjuto de carnes y enfermo; yo sé que el hipócrita inclina la vista, y plega la cabeza á un lado como si gangoseara letanías místicas; que el cráneo del idiota tiene un ángulo facial agudo; que el rostro del criminal tiene cierta estructura felina; que el inteligente, tiene la frente ámplia y despejada, la mirada vivaz, el color sano, el ángulo facial que se acerca á los noventa grados, las manos delicadas, las uñas redondas....

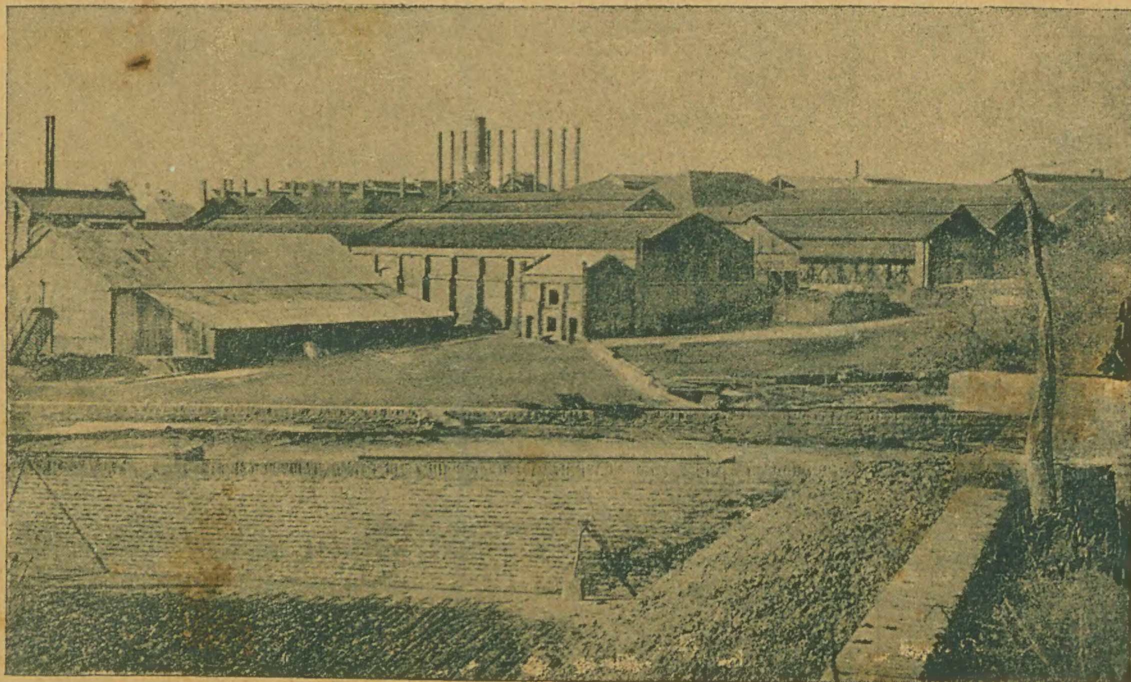
Pero, desgraciadamente, debido á la mala organisación de cierta parte de la sociedad actual, debido á los deseos de lucrar sobre la miseria agena, debido á los vicios engendrados por una mala é incompleta educación del individuo, debido al alcoholismo, al tabaco, á las drogas de botica y de almacen, debido á los trabajos penosos porque pasa la mayor parte de la humanidad para enriquecer y engordar á la parte explotadora, debido á las agüerias y supersticiones que engendra el estúpido temor de los castigos de ultra tumba—es que falta el equilibrio natural entre las funciones de la vida y las funciones del espíritu...

Así es que vemos á los enfermos morales, los malos, los inicuos, los explotadores del pueblo, los que con el cencerro de una idea van llevando trás de sí la majada de los vicios... Así es que vemos los enfermos del cuerpo, pulular los hospitales, ir errantes de consultorio en consultorio, de templo en templo, de santuario en santuario, pidiéndole á su Dios vengativo una salud y una paz de alma que no pudieron darles ni los médicos titulados, ni los doctores religiosos, impotentes ambos, haciendo vida común con la mentira de día y con la farsa de noche.

Porque nos llena de sentimiento el corazón, ese estado de desventura, en que esta sumida media humanidad, es que hoy venimos á la tribuna pública del libro, para continuar la hermosa tarea de curar los cuerpos, y libertar las conciencias. En un lenguaje claro, como hay que hablarle al que sufre, al que ama, al que espera días mejores en su azarosa vida.

Dijimos que la salud es la belleza, y madama Stael refuerza nuestras ideas cuando dice que *la salud es la base de nuestra hermosura y nuestros hechizos*. Ante esas reflexiones, un célebre escritor alemán, pregunta: *¿Es la salud otra cosa que la belleza en las funciones de la vida?*

Pues, á eso tendemos: á armonizar la higiene física, con la higiene moral. A hacer de cada individuo un conjunto de belleza y de altruismo, aunando á un perfecto desarrollo físico, la clarovidencia de sus fines generosos.



Vista de los saladeros Liebig's en la villa de Fray-Bentos -- (de fotografía)

Reformar un carácter malo, es embellecer al individuo, puesto que los músculos faciales contraidos continuamente por la ira ú otros bajos sentimientos, toman, poco á poco, moldeados por una sábia higiene, la dulce serenidad del bueno y del justo...

Y un carácter malo, rehácio á todo bien, á todo progreso, tiene casi siempre por base una enfermedad corporal... Mejorar, pues, á ese espíritu, hacer más bella su envoltura carnal y perfeccionar la belleza de sus sentimientos, tal será la obra que continuemos, tal será nuestra labor, á ella encaminaremos todos nuestros pensamientos y acciones.

No se nos escapa de vista todo el cúmulo inmenso de enemigos, no se nos escapa todo el cúmulo de pobres microcéfalos que combatirán nuestra obra benéfica y moral... No nos importa; porque al emprenderla, hemos echado atrás todo el miedo y todas las preocupaciones sociales. Tenemos el fuerte escudo de la Verdad para cubrirnos contra todas las acechanzas del mundo.

Imitando el curso de los grandes ríos, que cuando un obstáculo detiene su marcha lo arrollan á su paso triunfador, para poder llevar así la actividad á una arteria del planeta, así nosotros no nos detendremos en nuestro camino por la envidia ó la ambición. Seremos altruistas, sembraremos el bien moral y físico, y en las tardes serenas de nuestras vidas nos sentaremos á descansar, satisfechos, despues de haber encomendado la procecución de nuestros ideales á las potentes generaciones del futuro.

LUIS CURBELO.

Minas, Diciembre 16 de 1897.

DE CENTROAMÉRICA

El distinguido literato don Amancio Waldo Céspedes, director del bien escrito periódico salvadoreño *La República*, accediendo galantemente á la invitación que le hizo la Dirección de nuestra Revista, nos acaba de remitir desde Centro-América, especialmente para VIDA MONTEVIDEANA, algunas poesías inéditas de los más inspirados poetas centroamericanos, colombianos y venezolanos, las que iremos publicando en números sucesivos.

Nos promete mandarnos en breve un trabajo suyo, estudio sobre la literatura de Centro América, y varias composiciones, también inéditas, de notables literatos mejicanos y antillanos.

De las que hemos recibido ya, publicamos en el número de hoy, las muy vibrantes poesías: *Estrofas*, de Julio Flores; *¡Tarde!* de Isaías Gamboa, y *El Coro de los Tipos*, de Fidel Cano.

Al agradecer grandemente al señor Céspedes su valiosísimo concurso y el poderoso contingente literario que aporta á nuestra publicación, ofrecemos como un obsequio esos preciosos trabajos á nuestros lectores, que sabrán apreciarlos como se merecen.

Establecimiento gráfico á vapor. Convención 83